



BORGES EN POETICA Y POESIA.

Jacinto Luis Guereña.

Universidad Autónoma de México

Adentramiento

El problema, en literatura, no es el escasillamiento (Rubén Darío decía que no hay escuelas, sino poetas): es la situación propiamente interior y auténtica: el camino vocacional y exigente.

La poesía, exigencia máxima y tiempo lúdico. Con sus alas de fiesta votiva y humana en su creatividad. La poesía, en la cúspide de la literatura. Así en una respuesta dada por J. L. Borges a la francesa Madeleine Chapsal: al preguntársele y con intención algo insidiosa, el bonaerense dijo en dos tiempos: "por quién me toma usted, por un escritor o por un poeta". Se adivina la ironía más o menos mordaz en la comisura de los labios. Un acento algo insólito y una actitud muy rabiosamente personalizada. Se obtiene en seguida la segunda fase borgiana, en otras palabras, ya definidora, y con sonrisa o sin ella. Escuchemos a Borges, siempre exclamativo: "Me tomo por un poeta, claro! ¡Y hasta creo que sólo soy poeta!". Situabilidad del autor. Guiños en los ojos, tal vez un cielo grisáceo y húmedo como suele ser el de la capital gala, y de nuevo, rotundamente esta vez, la voz borgiana, aclaradora, olímpica y casi omnipotente:

"Yo soy, siempre fui, un poeta"

Se serenaron las aguas, volvióse manso el arroyuelo de los recuerdos, y todo se puso en su sitio.

Ya queda planteada la realidad. Con su verdad y con su apasionamiento. La poesía. Insoslayablemente. Y el poeta. Mejor dicho: la poesía del poeta. O el poeta con su poesía. Como esencialidad, como bandera, como aproximación concreta al quehacer poético de la existencia humana.

Jorge-Luis Borges poeta.

Sin embargo, ¿qué poeta?, y ¿qué poesía?

En la misma entrevista, el escritor argentino añadía, con los fuegos artificiales deshechos en la atmósfera y en el poder de los ensueños, melancólicamente: “yo no soy el poeta que quise ser”.

Nuevos enfoques. Nuevos derroteros. La otredad del deseo. O como repetía cándida y profundamente Luis Cernuda, la realidad y el deseo. La luz y la sombra. Un prestigio de belleza rodeada de cercas con zarzales en pleno vigor espinal. Lo que se es, el deseo (el ansia) hacia lo que a uno le gustaría ser. No lo que se fue. Sino algo más hondo: alcanzar otra meta, el poeta que se quisiera ser. Por lo tanto, hay invitación a moldear y a mostrar hipótesis. Cabe adentrarse en la paisajística borgiana.

No es que nos lleve de la mano. Es que urge acudir a las fuentes, a los textos aclaradores del autor argentino.

Nos dice: “Me hubiese gustado escribir una poesía que fuese música”.

La realidad, la situación, así completada por el propio Borges, se llena de luz mañanera y primordial, asimismo se difumina. ¿Poesía musical? ¿o poesía con música? Poesía, y con relámpagos y soles y lluvias y tormentas en la substancia poética. Poesía. Y música. “Una poesía que fuese música”. ¡Un Borges adepto al “arte poético” de Verlaine quien, como es sabido, en poema célebre así titulado anunciaba y proclamaba su poética y la índole caracterizada de su quehacer en poesía?

Borges y Verlaine. ¿Hay iconoclastismo? No lo creo. Verlaine expresó la vida de su poesía en enriquecimiento sonoro y electivo de las palabras, en la musicalidad que se requería como alianza y armonía en la unidad de versos y de estrofas. No sólo el ritmo musical por dentro, sino asimismo el ritmo musical por fuera. Recuérdese, sí, aquello de que la música es meollo guiador en la poesía y que Verlaine expresaba diciendo

que la poesía es ante todo música. Convergencia, en tal estampa de interioridades creativas, de Verlaine y Borges. El ser poeta en sí, el poeta por excelencia, y siendo a ratos lo que se hubiese querido ser. ¿Acierto? por lo menos, intentos de serlo y acertar.

La música en la poesía. La musicalidad en su arte de vestir y revestir a las palabras. ¿Tan exageradamente? Más interés tiene la sangre de la música diluida en las venas-versos. O, mejor dicho, y sin sencillez rebuscada, la música poesía. "Una poesía que fuese música", escribió Borges. Una substancia sin invasión de adornos y añadiduras. El ensueño de la música. El ensueño musical en sus raíces y en sus manantiales.

Re-planteamiento

Iba a buscar otras sendas en mi metodología de acercamiento a la poesía de Borges. Pero vuelvo a las andadas. Paréceme temática importante eso de una poesía en su sonido, y sobre todo, en el tuétano de sonoridad buscada, ansiada y a ratos conseguida. La poesía que se hace y la "otra" la que se hubiere querido hacer.

J.L. Borges poeta, con poesía que le hubiese gustado que fuese música.

Una composición poética no es, no puede ser, una composición musical. La unidad poemática no es la unidad musical. Y una partitura no es un poema. Tal vez sea vocabulario tajante en sus voccos de caminalidad.

Hablemos de otro modo. ¿Música y magia no se compaginan?

Las palabras, vivas y poetizadas, con la densidad mágica, sonora (musical) y ardientemente arquitectónica (soñadora). Ensueños y musicalidad, en lenguaje recordatorio de presencias y ausencias del hombre y del mundo. Poesía en la resonancia más o menos directa de los sortilegios, reales e inventados, que por los paisajes del mundo se van viendo y se van sintiendo y se van inventando.

Una ontología maravillada.

En hombre ante el poder inmenso y solidario de las palabras. Con relación a todo. ¿No es misterio y maravilla al propio tiempo? ¿Ritmos y cantos que se unen en la silueta moderna y antigua (siempre hay ordenación de tiempo lingüísticos en la evolución semántica y también histórica de las palabras) del lenguaje asumido? Asumir, presupone lucidez. Pero también surge y arde lo misterioso. ¿Cabe mayor esencia de la musicalidad?

Caminos de poesía que se recorren con la brújula musical y mágica. Pero no con esqueléticas y elementales estampas del hombre en sus soledades no problemáticas. Es, precisamente, la orilla opuesta, lo contrario: el poeta con sus interferencias de aguas movedizas y con tinieblas más bien metafísicas. La palabra, en el poema; los sonidos, en la música. Ahí es donde, me parece, se puede ver a Borges, ahí es donde vive y sueña, ahí es donde "se halla". En vibraciones temáticas de la poesía metafísica. No sé si tan hondamente como lo quiso Antonio Machado, el poeta de la palabra en el tiempo y de la metafísica en poesía. Seguramente, a Borges cabe situarle más acá de tal horizonte y de tal voluntad.

Para Borges, el poeta se logra mostrar (si se muestra, claro) en un ser metafísico con la mirada y la sensibilidad de una caligrafía de lo soñado. El mundo secreto de un onirismo maravillado. La belleza y la realidad del lenguaje que sufre al desgarrarse para abrirse y mostrarse como una flor de juvenil lozanía. La poesía y el poeta en las soledades de la meditación y de recónditas sensaciones atormentadas y lúcidas. La poesía y el poeta en el mundo misterioso y metafísico de una concepción y trayectoria que pide a gritos (o con susurros) la luminosidad que triunfa, los rayos del sol.

Así puede imaginarse a la música.

Así puede imaginarse a la poesía.

Poesía-música y música-poesía.

Sin dualidad. Y, desde luego, sin dicotomía.

Dentro de la órbita de la pureza. Elegíacamente en lo puro.

Ahora acudo a Juan Ramón Jiménez, y sin saber si a Borges le interesaría semejante relación de personalidades. No creo que le ofuscara el leer en "Estética y ética estética" (Aguilar, Madrid, 1967) frases como las siguientes:

"Lo puro en poesía no tiene nada que ver con la moralidad. Y, además, puede ser oscura o demoníaca".

"Los instantes de puro ensueño son como las auroras de días que llegaron en lo eterno".

"Evidente y secreto, como el diamante, como el agua, como el desnudo, como la rosa".

“Intuición rara y palabra corriente: la mayor belleza”.

“Procuremos fundir conscientemente nuestro ser propio en la esencia viva de mundo”.

Obvia energía la que de tales frases va naciendo, incorporándose a la tierra de sembradura que es la poesía. Porque en Borges, el hallazgo de poesía es su propia naturalidad. Y todo cuanto antecede se le une, en ambición, medida y con mesura, a Borges. Desde Juan Ramón Jiménez hasta Borges en pureza. Que no es nada de moralidad o de paraíso o de autobiografía exclusiva.

Es que las estrofas saben que no hay “nada más dinámico que el éxtasis pleno”, empleando lenguaje juanramoniano.

¡O sea, la musicalidad y la luz.

Lo que sensualmente nos aporrea incluso en las miradas de mayor fijeza y en los ensueños de perfecta quietud gozadora.

Poesía-música. Pero pese a todo, con luz.

La música y la luminosidad.

¿Puede imaginarse una poesía sin luz?

Pese a todo, asimismo, con emoción.

Tal pudiera ser la aventura creativa de J.L. Borges.

En la magia de las palabras que tejen y destejen, pero que no destruyen. Efluvios de música, y acaso música de cámara, sonatas algo calladas. Emocionarse, conduce a la lectura y a la lecturidad. Vasos comunicantes. Urgencia de lo dicho y lo leído y lo oído y lo sentido. Música que se siembra. Se ansía, pues, la comunicabilidad. Y Borges lo dijo así: “la poesía está en el comercio del poema con el lector”. El juego y el drama que coexisten en la realidad mágica y musical y expresadora de las palabras. El espejo, pese al peligro del espejismo. Que aparta Borges. Porque él ansía dialogar, ese comercio entre poemas y lecturas.

Afirmación de Postulados

No existe el año cero. El poeta tiene sus llaves adecuadas y oportunas. El poema le da su metáfora, esto es, su luz. Pero hay fundación. Como al

evocar a Buenos Aires, en su fundación mítica y mitológica, la ciudad abierta ante sus manos cogedoras, ante sus ojos robadores. Pero también hay el diálogo del viaje-boomerang entre el poeta y el lector. Borges hablaba de:

Ese rostro que mira y es mirado.

O sea, asimismo, la memoria, y los recuerdos.

El comercio, la lectura, la comunicabilidad, el diálogo. ¿Existe cosecha más hermosa? Diálogo, buscándose y lográndose (cuando se canta victoria, si es que se canta) que las estrofas sean anunciadoras y afirmadoras de la contextura del mundo. Con poeta inmerso en las realidades existenciales y soñadas.

Una lectura sensible debe adaptarse a la metafísica del texto, a la trama que el poeta ordena y compone y muestra. La musicalidad que hay que retener entre dicha y sufrir. Una lectura que el poeta la realiza primero, y que luego se puede realizar y nunca en identidad completa. Que sería absurdo y negativo.

Diálogo y poema, comunicabilidad y lector. Poesía, vista a través de su vida de interpretación. Borges, en su Argentina y en su Buenos Aires. Una localización geográfico-sentimental que es referencia para la lectura. Aunque se ensanche el panorama, aunque la mirada sea universal. Porque para Borges, intensamente razonador y hasta metafísico, vivir y poetizar es algo de gran unidad. Que se forma con factores de poco peso y de mucha fugitividad. ¿De nuevo la música y la musicalidad? ¿El sonido que resbala en los tejidos acogedores del ser en sus soledades? Es lo huidizo y evanescente, lo solamente vago y con reflejos de Baudelaire?

La memoria: su eco.

Los recuerdos, y su raíz primera.

Borges, de todos modos, construye sus poemas con muchos recuerdos y con mucha resonancia del mirar en espejo: poco importa que se hagan añicos. La imagen del mundo sigue siendo maravillosa y mágica. No hay que darle vueltas: el poema y el poeta no pueden olvidar. Ni aceptar tentaciones engañosas. Más vale soñar y a sabiendas de que el misterio puede acarrear destrucción de emociones.

O, lo que es lo mismo, el poeta a cuestras con sus ganas de comunicarse. Y recibiendo él, antes que nadie, las llamadas. De donde vengan. Y ahí puede haber luz y sombra, esto es, verdad y falsedad o error.

- Escúchese su caminar:

El arte debe ser como ese espejo
Que nos revela nuestra propia cara.

(Obra poética. Emecé, B. Aires,
1964, p. 223).

El espejo, la autenticidad, y aunque sea nuestra propia cara, evocándose que así es: "ese rostro que mira y es mirado". Conjunción y consumación en los molinos del tiempo. Los recuerdos. ¿Siempre atinadamente? El poeta habla de otros derroteros mentales, de una dramaturgia de ilusiones.

Porque:

El singular castillo en el que todo

Es (como en esta vida) una falsía.

¿Qué comercio establecer entre poesía y lectura? ¿Qué diálogo si hay falsía? Le cabe al poeta meditar, herirse, malherirse, zaherirse, y así decirlo. Acaso quepa volver a un pasado lejano, a las consejas humanistas y muy hondas ofrecidas generosamente por Montaigne en sus "essais", aquello de que "C" est une belle harmonie quand le faire et le dire vont ensemble". Un caminar en el acuerdo completo de lo que se quiere hacer y lo que se hace. ¿Estamos de acuerdo todos, incluso el amigo J.L. Borges?

¿Es que el poeta sabe ver y mirar o tan solo se contenta de fantasmas y de ilusiones, atraído por espejismos? La ficción y la niebla, pero sabiéndose que va a salir el sol, pronto o tarde. ¿Aventura sin aliciente de innovación? Lo laberíntico induce y conduce a escalofriantes pausas de duda. Es normal. Sin fatalismo, el poeta se encara. Contra esto y aquello, como decía Unamuno. La muralla. Y lo falsío. Ese castillo que es una falsía. O, tal vez, la mala calidad del espejo que ofrece una realidad deformada. ¿No es, asimismo, la visión de la ingenua y pura creatividad? Lo titubeante, lo admirable, y lo caduco, claro, y también lo resbaladizo, lo que se escapa, lo huidizo. ¿El recuerdo, como olas suaves de la memoria? ¿El ensueño, como alas de luz de la invención? El caso es que la apetencia borgiana es la intensidad de vivir activamente, y hasta de permanecer y durar en la vida. Nada de huir del mundo, sino de integrarse y de asumirse. Lúcidamente. Con sus idas y venidas, y en la actualidad sin tiempo del

poema. El peligro de que el poema-espejo se quiebre. Dilema. Daño. Ruptura. Herida. Extravío. ¿Dónde está la intacta e invicta proyección del poeta, es decir, su vulnerabilidad? Hay aceptación, porque no puede haber rechazo de ninguna clase. Así, casi cándidamente, surge la muerte en los mil añicos de mil espejos-poemas borgianos.

Dos opiniones se muestran convergentes ante la dimensión de luz y sombra de Borges, ante su naturalidad y su barroquismo, ante su sí y su no. Por un lado Octavio Paz, interrogándose acerca de la identidad profunda que en el paisaje mental de la conciencia bucea y vibra y lucha por asomarse a la superficie, por salir a la calle que es la palabra y, más aún, la palabra del poema. Dice O. Paz: “¿Cómo distinguir en la obra de Azorín, por ejemplo, entre invención novelística y crítica política? Lo mismo puede decirse de Borges... Los cuentos de Borges giran casi siempre sobre un eje metafísico: la duda racional acerca de la realidad de lo que llamamos realidad” (“Destino”, N° 1989, 13 de noviembre de 1975). Es la prueba narrativa, pero ¿es que puede apartarse a Borges de su vertiente del relato siendo, además, metafísica, su acometida y su palabra escrita? Borges, yendo de la ficción a la imaginación, regresando a tierras de la invención con la expresión que “se vuelve crítica de la realidad”. Un universo de interioridades. Ya se sabe. No hay otros senderos. Una pregunta, y una obra escrita. Desde fuera (O. Paz) y desde dentro (J. L. Borges). En el grafismo de la creatividad en sus círculos concéntricos. Y la obra opinión, en programa textual de poesía, es la correspondiente al vallisoletano Jorge Guillén. Leamos y meditemos:

Al margen de Borges

(Enciclopedia Británica. “Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar”, “Ficciones”).

¡ Soñemos, alma, leamos!
Entre figuras y signos
Soñemos— en la memoria—
Ajedrez, alquimia, cábala,
Palimpsesto, laberinto.
Somos jardín: biblioteca.
Escuchando, conversando
Con alfalquin, con astrólogo
Acumular un lenguaje
Donde se vive muy lejos
¡Misteriosa Enciclopedia!

(“Y otros poemas”, B. Aires, 1973)

El viaje recuerda los cuentos de hadas. Y Borges parece que se acuerda de sus lecturas de cuando niño, de escenas que en el lenguaje se actualizan y permiten que se sueñe (esto es, que se viaje) yéndose a vivir muy lejos gracias al lenguaje (esto es: el poema o el relato) pero sin dejar de residir muy cerca. ¿En nosotros mismos? Eso es: en el pozo de nuestras soledades. Que pueden estar dentro del soñar, o en la propia presencia del cuerpo, al dejar que los ojos paseen su mirada por nosotros mismos, de arriba abajo, o en sentido contrario. O, mejor aún, en ambos sentidos, donde se vive cerca y lejos. ¡El lenguaje!, nos recordó el poeta Jorge Guillén. No se le ocurrió nunca a Borges olvidarlo, o no oír los llamamientos más o menos insolentes de la memoria y de la circundante circunstancia de existir. Ahí reside la dualidad borgiana: ¿cómo delimitar fronteras de un sector a otro, entre lo vivido por el relato y lo vivido por el poema?

Magia de la invención

Laberintos del diálogo siempre ansiado,

Lo que se lee y se sueña en la vida.

Una rotunda lección de humildad con la verdad siempre huidiza y lógicamente movediza, variable, es decir subjetiva y por lo tanto inalcanzable.

J. L. Borges, en el suelo pantanoso de sus peligros más conscientes.

Y, en el fondo, es que en un poeta siempre coexisten y conviven (acaso a trancas y barrancas) muchos poetas. Es la sociedad dialogadora y protestona de la sensibilidad del poeta.

Taller y creación o no hay poesía sin amor.

J.L. Borges, en la dialéctica misteriosa de sus espejos.

Lo de dentro y lo de afuera en ósmosis de amor y dolor.

De nuevo acudo a Jorge Guillén, en su representatividad de comprensión de la silueta borgiana. En el poemario citado, hállase un cuarteto que en título abarcador de "Genio del Idioma" abre sus compuertas para dejar paso a:

Jorge Luis Borges

Sutileza de pensamiento
Tras laberinto de drama.

**Que se ve con lente de aumento
Como universal panorama.**

Intransferible alianza de cuanto el bonaerense lleva a cuestas: lo del mundo pero que él acuna y escudriña con afán de entomólogo. Al usar lentes de aumento, la luz le inunda y expulsa obscuridades y falsías. Amor de la luz. Siembra y dispersión de la claridad, la solar o la humana. O ambas, en la lenta conjunción amasada por la creatividad. Sutilmente. En vuelo y en viaje. Soñando, viviendo, y vuelta a soñar. Lo hermoso y lo feo, en su frenesí más completo. Una búsqueda de postulados que se afirman redondamente en la poesía. Taller y voluntad de artesanía junto a la fresca caricia del agua del surtidor. Se aúnan esfuerzos. Y J.L. Borges llega a ser ese yunque de palabras que su propia laberíntica forja y despliega cual estrellas en la noche de la cotidianidad y también de la memoria.

La existencia, la ciudad y la poesía

El rebenque de los días azuca a los recuerdos; hay alusión de todo ello en la pintura-poesía que bulle con tranquilidad y con intranquilidad según los sucesivos momentos de la sensibilidad. Quietud de aguas, vibrar de las tormentas. Desde el singular de lo inmóvil, hasta la pluralidad de lo que anda siempre en movilidad. Es la debatida esencialidad de cualquier poeta. Pero, en Borges se acrecienta de otro modo, en el fulgor de los días:

Aquí otra vez, los labios memorables,
único y semejante a vosotros.

(“Elogio de la sombra”)

Semejanza y diferencias. El ser, en su irrepitibilidad, aunque sin desconexión tanto biológica como sociológica de la suma de individualidades que forman la humanidad. Lucidez y no extrañeza. Así es la realidad. Los días, lo demuestran, y más en la ciudad que se conoce, allí donde se reside. Con “Fervor de Buenos Aires” sobre todo, alabanza del callejear y por ello mismo elogio de la calle. “Unas cuantas y tiernas imprecisiones”, escribe el poeta. ¿Qué otra cosa puede decirse y escribirse? Los contornos del esquema, la nubosidad del grafismo, sea donde sea. Y se explica tal actitud en la estampa de intimidades pamperas, en los versos de “Dulcía Linquínus Arva”, en sus versos de encabezamiento y situación propiamente borgiana: helos aquí:

Mi canción de criollo final
por la noche agrandada de relámpagos

en el expreso del Sur
que desfonda y pierde los campos.

Más que viaje, es ir atravesando zonas de sombra y de claridad. Un trayecto difícil. Por el mundo de lo conocido, "argentidamente" hablando. Con su ciudad y sus lejanías próximas, las céntricas del casco de la urbe y las suburbiales y arrabaleras. Contraste. Diferencias. El espejismo y no el espejo? La nota sonora y específica del instrumento solista es una sinfonía de orquesta. El poeta, inmerso en todo. ¿Abajo? ¿Arriba? Dígase de otro modo: el poeta, por gusto y por necesidad, dentro. Estética e, incluso, éticamente. Así se va explicando un cierto desencanto del poeta, y ese dirigirse hacia lo ruinoso y lo arrabalero (en su noción de pobreza y frialdad, ambas estampas tan inmerecidamente "reservadas" por la sociedad a las torpemente llamadas "clases bajas", la gente de los "barrios bajos"). El poeta se quita la telaraña de las miradas y se dirige hacia escorias y hacia angustias, en un ir consciente hacia lo difícil y como atraído por la muerte, pero acaso es caminar en idealización de todo cuanto observa y siente.

Tal vez, la patria de lo poético acoja a esa idealización.

Pero Borges no es poeta de ásperas realidades.

¿Es, incluso negativamente, poeta de muchos quilates?

El que haya intervenido, con sumo acierto, en las aventuras creativas de la poesía argentina (y, hasta si se quiere, de la poesía de toda la América de lengua castellana) representa un combate, una dispersión de luminosidades. ¿Es que implica una categoría poética sensacional?

En el aire y no en huida queda la pregunta.

Desde luego. Borges no es un Neruda o un Vallejo o un Huidobro o un Girondo o un Parra o un Paz o un Nicolás Guillén. Sin embargo, su creatividad no acepta ensillamientos y tampoco las comparaciones. La poesía borgiana se encierra en su morada-concha. El poeta cumple una misión, la fue cumpliendo. Y en sus versos-surcos se echó la semilla de la palabra bienhechora. Es indudable su repercusión de poeta. Borges, dentro de un determinado ángulo de poesía. La suya, y nada más. No se busquen collares para el gato y, mucho menos, para el tigre. Poesía en ámbitos de ciudad y ensueño sin la existencia concreta de todos los momentos del reloj denunciador. O sea, la poesía con un tiempo castizamente borgiano.

En el fondo, Borges no se enfrenta con la realidad cruda y dura. Aunque así sea su experiencia vital, apasionadamente sentida y expresada. Le

gusta más soñar, entregarse a la idealidad. Un universo no tajantemente soñado, sino un tiempo con variaciones patéticas del lenguaje siempre a rastras y siempre "pálido" frente al triunfo de la luz (sol o luna o amor, por ejemplo). Casi originándose la inocencia. Una idealidad, pero en la realidad que la sensibilidad y la memoria inventan. Por eso ha podido decirse de Borges y de su poesía que "quizá el decir más esencial, aunque no el más logrado, se dé en sus poemas" (S. Yurkievich: "Fundadores de la nueva poesía latinoamericana", Barral editores).

Siempre le agradó a Borges enfrentarse en contra de lo misterioso y sumido y escurial que se halla en ardientes o sosegadas interioridades. Y asimismo en los espectáculos que la calle ofrece, la calle bonaerense sobre todo. Con deleite de la entrega al cariño, a la amistad. ¿Solidariamente? ¿O es que vivir traspasa las lindes de lo humano? ¿Más acá? ¿O más lejos? El citado autor converge con mi opinión cuando se pone a escribir que "Borges reserva para el verso la expresión de lo entrañable".

Poesía que aprende más y más al recordar cuando la cosecha sigue al arar y a la sembradura, el mundo del universo individual y el mundo de los universos coexistentes. La memoria, en su acción más ayudadora. Para elucidar las problemáticas. Y para que el amor sea amplia luz derramada. Es lo que Borges deja admirablemente plasmado, sin orgullo:

Que otros jacten de las páginas que han escrito;
a mí me enorgullecen las que he leído.

Intervendría otra vez Montaigne, si fuese necesario. No lo es, hasta con su nombre y su eco. Porque la verdad es que todo puede compaginarse, y un hombre (poeta o no) puede ser feliz lo mismo por lo que escribió que por lo que leyó. Aunque exíjese una condición: sin jactancia alguna. ¿Para qué la tonta y nauseabunda vanidad?

Satisfacción y emoción y hasta enorgullecimiento. Pero de huellas de todo. De uno mismo, y de la otredad multiplicada, de los demás. Es "la pasión del lenguaje", y eso siempre lo profesó Borges. La tristeza se une a la soledad de realidades (reales o imaginadas, es igual) muy sumergidas: abismos que los ojos del poeta no siempre pueden captar. El misterio de las bellezas y de las formas. El misterio de "las vanas apariencias queridas", como Borges dice.

La muerte y el desfile del tiempo. Hombre con su tiempo, vivido o recordado. Una pintura y su musicalidad secreta. La ciudad y la poesía. Escuchemos:

Juro que no por deliberación he vuelto a la calle
de alta recova repetida como un espejo....

(“El paseo de Julio”)

O lo íntimamente unido, gracias a los días que saben a vida y a ensueño. Y tal vez dramáticamente:

En ti otra vez:
Calle que dolorosamente como una herida te abres.

(“Para una calle del Oeste”)

La poesía sirve de pasillo comunicante. No para palabras quejumbrosas sino para que se yergan claridades y labios de autenticidad. Mucho dolor cabe en los versos finales del brevísimo poema titulado “El poeta declara su nombradía”:

Mis instrumentos de trabajo son la humillación y la angustia;
Ojalá yo hubiera muerto.

No cabe duda: eso sería una solución. Pero subsiste la realidad y su espejo en la emotividad y en la imaginabilidad. ¿Cómo sustraerse a su presencia y a sus aldabonazos desde los paisajes de la memoria? El poeta obedece a su organismo. Humilladamente. Angustiosamente. Con el don de sus soledades. Es decir, con su vida. Los labios, ya lo dijo Borges, son memorables.

O lo que expresó en el poema “El laberinto” (dentro del poemario “Elogio de la sombra”):

... ansiar mi sangre y devorar mi muerte.
Nos buscamos los dos. Ojalá fuera
éste el último día de la espera.

No se puede eludir el drama de la vida propia e individual. La sombra no merece elogios, sino la luz. Pero el poeta no puede abandonar una morada que le atenaza, ansiando sangre y devorando muerte. ¿Cómo resolver la ecuación? Signos, secretos, misterios, todo acude y todo se desvanece por las venas de la palabra. Palabra tejida y destejida, como el hilvanar y deshilvanar de los días. La vida, en su poesía, esto es: es su encrucijada. Para Borges, una atormentada angustia.

Curiosamente, Borges permanece lúcido siempre y es observador desde su puesto privilegiado del escenario. Y siendo actor sin dejar de ser testigo. Aunque no ignora las lindes con zarzas y espinos del lenguaje. Y enfocado así, Borges es poeta conflictivo. Desde las calles y desde las ciudades, su viaje y su ensueño le llevan a una problemática de ansiedad. ¿Es el peso de la cronología laberíntica y doliente?

Poesía que oscila y sin repudio alguno por parte de las exigencias sensibles y asimismo innovadoras del poeta. Arte poético al servicio de elementalidades superiores. Las que montan la guardia en los recuerdos y que siempre acechan a través del espejo revelador y soñador. Mucha complicación, acaso algunos lo dirían. Pero no es eso. Es que en Borges el adentramiento en la vida supone un acercamiento al horizonte máximo, a la meta imperativamente presente y acuciadora.

Yo ignoro si el poeta J.L. Borges se representa una panorámica de silencio en el trayecto que todos los días se van recorriendo por los hombres. En perfil milonguero, el verso acude a lo popular. ¿Y no es de todos la dramaturgia de lo insoslayablemente venidero?

En su "Milonga de Manuel Flores", endecha y lamento de cualquier habitante del mundo (¿no es una ciudad muy ensanchada el mundo?), el poeta repite igual que un refranero:

Morir es una costumbre
Que sabe tener la gente.

El tiempo en sus amanecidas y en sus noches. ¿Dónde está la luna ausente? Las sombras son hierba de ignorancia o de duda. Los ojos vivieron, muchas cosas fueron viendo. ¿Morir? Borges lo recalca en esa milonga: Eso es moneda corriente". Y vuelve, en los versos finales, al mismo estribillo:

Morir es una costumbre
Que sabe tener la gente.

La poesía, interiormente borgiana, no apacigua.
¿Y qué lector le pide sosiego a la poesía?

Por un modelo de textualidad borgiana

En los tableros del quehacer humano-poético, ajedrez de eternas circunstancias, hay piezas que vencen y retulgen y duran, y hay otras que pierden y enmudecen y desaparecen. Con esta simbólica creo que pudiera

interpretarse el arte y el trabajo de Borges en poesía. Me refiero a poesía en versos. Un ajedrez cuyo epicentro y cuya brújula de juego y pudor sólo tiene una obsesión y una angustia: la herida que acaba en muerte. El nacer para extinguirse. Un paisaje cuyo colorido se va llenando de sombras, de oscuridades. Siempre metafísicamente.

¿Poesía de constante patetismo? ¿Con dominante de labios yertos y de mirada ya mármorea? ¿Poesía con temática trágica?

Resulta curioso, pero así es: los poemas de Borges no suelen ser elegíacos y tampoco tan tensos como pudiera suponerse.

Desde luego, se abandona en la poesía borgiana la comicidad barata.

Son versos de desnudez, eso sí, y de inquietudes muy metafísicas y sinceras.

Acude la confesión borgiana, como es el poema "Una oración". Y todos los textos de "Elogio de la sombra". Pero ahora quisiera yo copiar la sencillez de una entrevista: "Es verdad, siempre he sentido más la poesía épica que la lírica o la elegíaca" (revista "Imagen", Caracas, N° 90, 1° de febrero 1971). No es que se aclaren mucho las cosas. Pero, por lo menos, la responsabilidad le incumbe al poeta argentino. Confesión en su laconismo. "Poesía más bien épica". ¿Es así el diagrama psíquico-poético de Borges?

En lectura de crítica constructiva, desapasionando el empuje de la lectura propiamente dicha, suelen verse poemas más bien surgidos de un poeta intelectual, enamorado de su lenguaje y de su oficio; no se leen versos borgianos guerreros. A no ser que la épica, para él...

Relamido le encuentro a ratos, y hasta seco. No siempre, pues su humanismo se asoma al nivel lingüístico-psicológico. Sin embargo, acaso, la frialdad de las actuaciones del intelecto estén dominando en la poesía borgiana, a la savia fecundadora de la sensibilidad y de la sentimentalidad (como diría y dijo, por boca de Juan de Mairena, Antonio Machado). La res poética tiene moldes de expresión lírica. Y lo subraya el poeta en la citada entrevista; lo dice el entrevistador como consecuencia evidente: "a pesar de su declarado entusiasmo por la épica, últimamente ha regresado a una forma de expresión más lírica. Con él "tiene Ud. razón", del poeta, se cierra el ciclo. Nada de escapatoria épica, y asentamiento en un universo sensible. Porque, el que haya en Borges entusiasmo por la épica, puede no discutirse (es su declaración personal), pero ¿tanto se manifiesta en su poesía? Yo no hablo de los cuentos y de su narrativa en general. Es verdad

que se habla del matar, y el tema de la muerte (con cuchillada o lo que sea) también existe en algunos poemas. Pero eso no refleja una vocación de poeta épico: en Borges. Puede aspirar a serlo, pero no lo es.

Al fallarle el poder de captación directa por los ojos, Borges se apoya en la memoria, en los textos que sigue leyendo gracias a los recuerdos. Y ahí casi por fuerza, interviene más la delicadeza y el afecto y los labios de pura amistad, que el impulso bélico o la espera callada de una épica dura y cruel. No le conviene a Borges esa concepción de la poesía. Se aleja así de los espejos, y asimismo de los sueños. Se aleja, y en huida casi, de lo que tan ansiadamente proclamó siempre, el comportamiento de la noche auxiliadora. Porque, nos dice con palabra concreta:

Para ir sembrando verso
la noche es un tierra labrantía.

(“Forjadura”)

¿Puede deducirse que se trata de una poesía borgiana de tipo geométrico y en sometimiento a estructuras de arquitectura? No, sino que como en relieve apenas esbozado, siempre surge en los versos de Borges el respirar humano, tan suyo, aunque asimismo tan reforzado en su lenguaje. A ratos evocativa del pasado (no se puede evocar sino lo que reside en la memoria) y con predominio de un amor nunca exasperado, nunca barroco. Una poesía lineal en su comportamiento expresado, escrito. Como cuando emocionadamente nos impresiona en el poema “Casi juicio final” (del poemario “Luna de enfrente”):

Mi callejero no hacer nada vive y se suelta por la variedad de la noche.

La noche es una fiesta larga y sola.
En mi secreto corazón yo me justifico y ensalzo:
He atestiguado el mundo; he confesado la rareza del mundo.

Es suficiente comentario el suyo: justificarse en un corazón hermético en su misterio, hondamente secreto. Porque lo importante es justificarse, y no lo de ensalzarse. En su paisaje más natural para Borges: en la calle. Podría decirse, en las calles del corazón. En las calles abiertas del corazón secreto.

¿Es la exclusión de la ternura pese a lo recóndito de los sentimientos del corazón?

El poeta aclara en el citado poema, y copio lo siguiente:

He trabado en fuertes palabras ese mi pensativo sentir,
que pudo haberse disipado en sola ternura.

El testimonio ahí queda, y raíz es "sola ternura", con su "pensativo sentir", ¿El aquietar de pasiones en las soledades del poeta? ¿Como si tuviera belleza o vileza, luz o sombra, agua o sequía?

Son preguntas que se quedan en el aire, en sus vibraciones trémulas como llamas y como alas.

Borges en su poesía: alianzas de humanismo y de misterio y de mitología.

Nada de eso excluye el enriquecimiento de la poesía; pero, acaso, tampoco lo añade. ¿Una exigente solidaridad del lector en la lectura compartidora? Ya hablaba el poeta de diálogo necesario o inconfundible. Poesía a solas. No una gran riqueza señera y puramente orientadora. Sino, más bien, con mucha importancia en cuanto a la expresividad y a la innovación socio-lingüística en Hispanoamérica, en los metales de las palabras, con un verso mental muy trabajado.

Hombre en sus quehaceres de la calle de la ciudad, temática con repetido aporrear de la ansiedad, con:

.....Una
Memoria de algo que fue tuyo empieza
Y se apaga.

("A un viejo poeta")

La obsesión del poeta: "la vasta y vaga y populosa muerte", como nos dice en "Blind Pew". Y que se corrobora en otros versos, en los dos versos finales de "El paseo de Julio":

Tu vida pacta con la muerte;
toda felicidad, con sólo existir, te es adversa.

Urgencia, pues, de la coexistencia, la tarea insoslayable de pactar. Un pacto para la poesía, ya que necesitase un pacto para el poeta. Ser, y defendiéndose. Un testimonio de reconocimiento al hecho de existir. Es lo que Borges proclama con admiración maravillada en el poema "Mi vida entera":

Creo que mis jornadas y mis noches se igualan en pobreza y en riqueza a las de Dios y a las de todos los hombres.

¿Es tal vez, latido de épica ese rasero orgulloso de igualdad humana, unificando el tiempo de los hombres a lo largo y a lo ancho de la geografía y de la historicidad de la Tierra?

La poesía del hombre en singular

Resulta difícil subrayar atinadamente el rumbo de la creatividad poética en Borges. ¿Una insondable individualidad? No lo creo. Pero sí puede hablarse de singladura estética y contradictoria. Recuérdese poemas suyos de juventud, en la época ultraista y en exaltación que tal vez convenía a su ardor juvenil pero a su sentir más arraigado, al que más tarde se asomaría a su vida y, lógicamente a sus versos. Un poeta, entonces, apoyándose en lenguaje de sugerencia, en una lírica de metáforas, en “mero alarde de ingenio”, como nos recuerda Marcos R. Barnatán (en “J.L. Borges”, Júcar, Madrid, 1972). Ese “mero alarde de ingenio” lo firmó Borges, claro, y correspondía a una poética suya, ultraista. De lirismo que se halla en repertorio englobador de metafísica y de experiencia cotidiana. Y es:

Que a nadie le está dado mirar sin un antiguo asombro. Es lo que nos plantea en “Al iniciar el estudio de la gramática angiosajona”, poema que se termina así:

Alabado sea el infinito
Laberinto de los efectos y de las causas
Que antes de mostrarme el espejo
En que no veré a nadie o veré a otro
Me concede esta pura contemplación
De un lenguaje del alba.

Maravillosa situabilidad del poeta. Hagamos nuestra su contemplación. Situémonos, con la ternura abierta de par en par (pese a ser ternura de corazón secreto) ante el alba y escuchemos (interpretemos) su lenguaje. Surgirá en seguida un asombro antiguo, la contemplación lenta o rápida de miles y miles de generaciones al ir corriendo la cronología del mundo. El poeta, con la balanza de emociones, con el asombro de lo cotidiano, tal vez en “la pampa desmedida” (“Alusión a la muerte del coronel Francisco Borges”) o en la impalpable ceniza del callejear diario por la ciudad y por los ensueños.

Borges; en las ecuaciones de enigmas, tal como a las ecuaciones corresponde. Medítense los versos, sencillos y hondos, imperfectos y perfectos del texto poético suyo titulado "Poema de los dones":

¿Cuál de los dos escribe este poema
De un yo plural y de una sola sombra?
¿qué importa la palabra que me nombra
Si es indiviso y no el anatema?

.....

Mundo que se deforma y que se apaga
En una pálida ceniza vaga
Que se parece al sueño y al olvido.

Laberinto de ensueños y de olvido, eficacia de la ternura y de la memoria; ¿es el mejor denominador de la poesía borgiana?

Se ha dicho (S. Yurkievich, libro citado ya) que Borges es "poeta circular".

¿Qué alcance y qué enfoque puede tener tal apreciación? ¿Qué es lo que esa calificación determina y qué significación quiere tener o subrayar?

Confieso que me deja algo perplejo. Veamos detenidamente la palabra; círculo: "Superficie plana contenida dentro de la circunferencia". En cuanto a circular "es perteneciente al círculo", y también se dice "de figura de círculo". Eso viene del casares. Una geometría concreta y existente. ¿La poesía borgiana? ¿Le conviene tal encajonamiento? Más bien, aunque sea en planos y espacios, creo que pudiera hablarse de poesía de oscilaciones o de cielos movedizos. Un mundo casi en vuelo, cual ceniza y con aportes del amor entre olvidos (dolorosos, seguro) y ensueños (anhelantes, siempre).

Vivir y morir, ser y recordar, ansiar y no ser tal vez, una constante y patética contradicción o, si se prefiere, una oposición y contraste de determinantes encaminamientos.

¿O es que todo surge del propio Borges y del poema titulado "El poeta declara su nombradía"? He aquí unos cuantos versos muy significativos:

El círculo del cielo mide mi gloria
Las bibliotecas del Oriente se disputan mis versos,
Los emires me buscan para llenarme de oro la boca,

Los ángeles ya saben de memoria mi último zéjel.
Mis instrumentos de trabajo son la humillación y la angustia;
Ojalá yo hubiera muerto.

Así pues, nada de oro o de piedras preciosas. Nada de gloria creada por elogios y artificiales coronas de laurel. El poeta habla de rebajar su condición terrestre y creativa, humillándose, angustiándose. ¿Es algo que le "cae" a la psicología borgiana? Claro, es confesión del poeta; nadie le obliga a decirlo. Admitamos esa afirmación concretamente metafísica. Realidad y trabajo en la ansiedad edificadora y destructura. Pero, ¿cómo compaginarla con esa gloria suya que sólo la mide y sopesa "el círculo del cielo"? ¿Y poeta "Circular" por tales motivaciones?

Metafísica, y tal vez corresponde decir que en Borges hay una vertiente esotérica. Situación de una poesía de lo oculto y de lo enigmático, las luminosidades del corazón secreto borgiano, pero nada de poesía con metafísica de lo imposible y de lo incomprensible.

Las formas de su sueño siempre anduvieron en mutación. Pero el poeta siguió caminando. Aunque, como dice en su poema "New England, 1967":

.....sin por qué ni cuándo.

Una poesía con rayos del existir cotidiano, con referencias e interferencias de tiempo y de historia. Escuchemos estos versos del poema "James Joyce":

En un día del hombre están los días
del tiempo.....

.....

Entre el alba y la noche está la historia
universal.

Por lo tanto, situada y sitiada y hasta condicionada queda la poesía borgiana, entre el alba y la noche, en un día de la existencia del tiempo y del hombre. ¿En aventura acuciada por el ansia de felicidad?

Puede admitirse que Borges camina y sueña y contempla sin prisas. ¿o, acaso es, precisamente, lo contrario? Una brújula con aguja loca, a lo mejor, o a lo peor.

El tiempo, y sus flechas del titubeo, la edad mental de la felicidad adulta y la fase decadente de una vulnerable vejez. Una ética, seguro, una ética, en sus problemas de socio-estética, y entre luces y obscuridades, como siempre, entre ensueños y recuerdos: "la libertad de mi albedrío es tal vez ilusoria, pero puede dar o soñar que doy" (entrevista citada "Imagen", Caracas). Palabras sin énfasis, la autenticidad en su sitio. O sea, epicentro de la ético-poética borgiana.

Y es que se da el caso que, con el poemario y el poema titulado "Elogio de la sombra", los dos versos iniciales ya indican otra posición mental y con otra situación de la noción de lo temporal y de la intemporalidad. Léase:

La vejez (tal es el nombre que los otros le dan)
puede ser el tiempo de nuestra dicha.

Otro tiempo, otra aventura. Y eterna (aunque mutacional) dicha. Existencia de temática obecedora, aceptadora. ¿O su antítesis? El poeta se aparta del uso común de la palabra "vejez". Su anhelo es refugiarse en la historia individual, y no cabe más remedio. No sé siquiera si en Borges es desdeñar, pero sí es rehusar el contagio con realidades unitarias y de todos, pese a afirmarse en versos no hace mucho citados en mi trabajo, que hay tiempo de todos y que hay historia de todos. Esa emocionante estampa de noche y alba con la historia universal que se proyecta en un solo día del hombre. Repitiéndose en la instantaneidad de los días, en su fragilidad evolutiva. El poeta, y los lectores en sus poesías. Un día, todos los días; una historia, y es todas las historias. Del individuo en su soledad, a las soledades de los demás. Extraviándose, saliéndose del camino y hasta de madre. No es que se exalte el enfrentamiento y se marque con dureza que haya dos orillas, pero no se puede negar, es así; ello provoca tal vez, en el poeta, esa elección impuesta por una determinada mentalidad de la vida (su luz) y de las palabras (su música) en una unidad granítica: la poesía metafísica.

Copiemos otra estrofa del mismo poema, nos enteramos en ese elogio de las obscuridades que:

De las generaciones de los textos que hay en la tierra
sólo habré leído unos pocos,
los que sigo leyendo en la memoria,
leyendo y transformando.

Al fin y al cabo, es lo que hacemos todos. Recordar, y metamorfosear. En la vejez, si se llega a ella, y por lo tanto, también antes. Todo es evocar

en una contemplación interior con la función transformadora de la memoria. No hay escueta y estricta fidelidad en los recuerdos. Se busca apoyo en la exterioridad de las cosas, en la panorámica del mundo que los ojos van viendo y desmenuzando. Pero en Borges hay un obstáculo: su casi ceguera, la imposibilidad de comparar y contrastar entre lo que se ve y lo que se sueña. Le quedan sus recuerdos, sus sueños, sus mutaciones, lo que la memoria le lee aunque transformando las lecturas.

Si la sombra cruelmente invadidora, eso que *ahora*, para el poeta, puede ser su dicha, aquella armonía tan adicta a Montaigne y que ya dije, el hacer y el decir es su comunidad de acercamiento y de identidad. La sombra, y el mirar, y la hermosa actividad de soñar. Si es verdad que "a orillas del gran silencio", se halló Antonio Machado, en sus rabiosas y lúcidas soledades de vida, no cabe duda que también es cierto que Borges conoce otros ríos y otros paisajes del silencio, de la sombra que despacio y casi con ternura va haciéndose dueña de sus ojos. Un silencio, una sombra, y en el citado poema que estoy desentrañando, en "Elogio de la sombra", surgen explicativos versos que parecen conllevar incluso una biografía de la sosegada tristeza:

Vive entre formas luminosas y vagas
que no son aún la tiniebla.

El poeta añade que memorizar y caminar en los días convergen y se realizan en despiadada autenticidad de uno mismo y, posiblemente, con labios que no cesan de tatarrear la melodía y la estética de la existencia del cuerpo y de las ideas. ¿Cómo pensar sin la solidaridad orgánica? Aquí encaja eso de:

Quiero morir del todo; quiero morir
con este compañero, mi cuerpo.

Y los versos del mismo poema se completan en la nostalgia, en la recordada y punzante verdad de otros tiempos, ardiente vividos, apasionadamente asumidos:

días y noches,
entresueños y sueños,
dada ínfimo instante del ayer
y de los ayeres del mundo.....

Vivir y envejecer, un transvase de indudable energía indagatoria. La poesía en sus esencialidades que relacionan al cuerpo y a todo lo demás, al entorno humano y mineral, etc. En formulación de equilibradas órbitas dinámicas. Una poesía interpretativa, mágicamente arquitecta. Y si es

pájaro, con las alas desplegadas, es pájaro hermoso y brillante, "pájaro de oro" como tan inspiradamente describió en música el ruso Strawinsky, es decir, su partitura "El pájaro de fuego". La magia de la soñada orquesta de la invención, de la contemplación imaginada y con cimientos de miradas del ayer, de todos los ayeres.

En Borges, ya sea como poeta en verso o como prosista poético, siempre acaba por surgir con luz diamantina una indiscutible agudeza analítica y relacionadora. Un universo que se apoya en la luminosidad interior, nunca desprovista de voluntad y con la necesaria vocación de ir a lo hondo y de alcanzar zonas oscuras y muy de las entrañas. ¿Las vibraciones fuertes y sin embargo vulnerables de las llamas y de las alas de magia, el vuelo del fuego, como pájaro o como ensueño humano? No sé si es la táctica borgiana de su poesía para expresar un lenguaje secreto de la interpenetrabilidad del vivir y del soñar. Un lirismo más bien dramático en esos poemas, con la sombra en la sangre. Elogio, o dolor. La sombra invadidora.

A Borges le va mejor lo suyo, la poesía no gritona, los versos callados y constantemente escudriñadores; es decir, la poesía del hombre en singular. Pero no aislado en algún monte o bosque. El viento y la lluvia y el sol son como compañeros de viaje. El poema (la palabra) y el poeta (el cuerpo y la idea).

Lo anterior, más que lo ajeno. La vida y la ternura, pero en apriionadora vejez. No siempre fue así. Es una etapa. Un camino siempre interminable, tercamente en marcha siempre. Con los sueños que se soñaron. Con las soledades que se fueron meciendo y ofreciendo. El tiempo y la medida, la luz y la siembra, el hombre y la brújula. Todo así, elementos y materiales del sentir sensible y metafísico: Es lo que desparraman sombras, y que en los poemas titulados "inéditos" se dieron en "Revista de Occidente" (Nº 148, julio de 1975). Como son breves, copio "El oeste".

El callejón final con su poniente
Inauguración de la pampa
Inauguración de la muerte

O este otro poemilla, que se titula "Un poeta menor" y que nos ofrece

La meta es el olvido,
Yo he llegado antes.

La vejez no vencía, sino la individualidad mágica del poeta.

Poética analizada

Dicho y hecho, dicho y escrito. Borges en sus caminos, trazados por su sensibilidad y la paradójica actuación del destino. El texto, la intención. Decirlo, escribirlo. Ir hilvanando algo que si en los ojos decae y hasta se desvanece, es voluntad de quebrar murallas y de romper absurdos aislamientos. El poeta, en su situación poemática. "Arte poética" ante todo, recuérdese, con estrofas como las siguientes:

Ver en el día o en el año un símbolo
De los días del hombre y de sus años
Convertir el ultraje de los años
En una música, un rumor y un símbolo.

No cejar en nada, encaminamiento de las fases de la autobiografía. Como ecó de todo, y de los demás. Un acercamiento metodológico en el fluir de emociones personales. Borges, en su propia encrucijada. Y así, en el mismo texto de poética, nos dice:

Ver en la muerte el sueño, en el ocaso
Un triste oro, tal es la poesía
Que es inmortal y pobre. La poesía
Vuelve como la aurora y el ocaso.

Aventura en su reverdecer permanente, con las cuatro estaciones de "verdes eternidades" como el poeta precisa en este poema que comentamos, una riqueza de hojas verdes y de hojas secas, la plenitud y la desnudez (¿y no es símbolo de plena autonomía de riqueza lo más desnudo, un cuerpo al sol, por ejemplo?) y así surge el atardecer crepuscular, pálido, tras los oros nacientes y juvenilmente luminosos de la amanecida. Un día humano, todos los días de la biografía de la humanidad. El poeta, en lo escrito, claramente dirigido. Y sabe que:

También es como el río interminable
Que pasa y queda y es cristal de un mismo
Heráclito inconstante, que es el mismo
Y es otro, como el río interminable.

Sucesión y renovación del agua, las olas en su eterno grafismo que pasa y queda, siendo siempre cristal de agua, movimiento que es cual latido de la realidad, pasando, existiendo, reverdeciendo, renovándose, un renacer de plenitudes que el poeta contempla y aprehende en su esencialidad. El poeta, glotonamente tal vez, en las verdades del panel de miel. Acudiendo con gozo y y residiendo en la tierra de mieles. ¿Abeja obrera o

reina guiadora? ¿Y por qué no ambas cosas a la vez? El río, el agua, el cristal, todo es interminable y tras la muerte le quedan versos escritos, el poeta se adentra en las bibliotecas del ayer, de todos los ayeres y tal vez del porvenir, de todos los porvenires. Una poesía que obligatoriamente vuelve y que es amanecida nueva tras el ocaso ya usado y siempre repetido. Poesía sin desperdicio de tiempo y sin prodigio alguno: porque así es, y aunque sea sin generosidad. Ahora recuerdo otra lectura de Borges. Unas declaraciones suyas. Acudo a la fuente. Se publicó en la revista barcelonesa "Destino" (Nº del 25-8-1973). Borges decía que la literatura es poco generosa. Por lo tanto, la poesía también, ¿necesita serlo? El "secreto corazón" del poeta puede rellenar huecos y mostrarse como la riqueza inagotable. Ternura que se siembra. Y la contradicción. Una poesía cuya poética es la ciudad. ¿Buenos Aires como símbolo? Ahí interviene el "ultraje" del tiempo que subrayé hace un momento. El ultraje de la vida y de los años. ¿La vejez del hombre en su ciudad, otrora amada? Borges declara: "Buenos Aires me parece una ciudad horrible". Y la memoria recuerda otros paisajes bonaerenses. ¿Resultado? "A pesar de todo, es preferible sufrir en Buenos Aires que sufrir de nostalgia en el extranjero". La ciudad, ya está visto, es su visión, su panorámica interior.

Una tensa obsesión en el poeta, una discriminación metafísica de riquezas y, lógicamente, también de su corolario de pobrezas. ¿Qué frontera debe intercalarse entre ambas concepciones? La pureza es pobreza y desnudez. Por lo tanto, ello presupone enriquecimiento hondo y reverdecido, como el agua en su interminable río de olas y oleaje.

Temática terca, obsesionada, y el ensueño en la cúspide de los años. Soñar y fascinación de la memoria. El poeta, asediado por los recuerdos. Como voz de independencia (que asimismo se refleja en las ficciones borgeanas, llameantes realidades de su narrativa, breve o más larga). Un poema de intenciones del tiempo, "El Hacedor". Con el pasado y lo actual, en moldes no trituradores de la memoria. ¿Con satisfacción? Con fascinación? Una fantasía que no se somete al prestigio y a la subyugación de la libertad absoluta. La poética lo precisa:

Mi paso busca y halla el esperado
Umbral.

Así lo plantea en el poema "Adrogué" ("El Hacedor"). El poeta halla morada. O sea, no es poesía en vuelo abierto e infinito. Es su metafísica razonada. Un vuelo de invención que la savia inteligente contiene y dirige, versos gobernados, encauzados. El río interminable no es, pues, el océano dominador, sino las aguas mansas en un canal. Y el poeta reside en ambas orillas. Con sus pasos que buscan y hallan el istmo unidor por don-

de se puede cruzar. Y es que al poeta le atraen determinados paisajes, lo sabe y lo ansía:

Duermen del otro lado de las puertas
Aquellos que por obra de los sueños
Son en la sombra visionaria dueños
Del vasto ayer y de las cosas muertas.

No cabe duda: es la región hospitalaria y acogedora por excelencia. Los sueños. Los ensueños asimismos. Y es que autobiografía y biografía se corresponden:

Más allá del azar y de la muerte
Duran, y cada cual tiene su historia.

.....
Y no comprendo cómo el tiempo pasa,
Yo, que soy tiempo y sangre y agonía.

Desde esos versos, desde ese fluir de verdades del hombre, acaso por un "río de sueñera y de barro" (poema "Fundación mítica de B. Aires") el poeta llega al umbral, a la estrofa final de "Elogio de la sombra", en su intento de olvidar tantas y tantas cosas. Porque le atenazan recuerdos y atado se ve; lucha y entre laberintos y geometrías y espejos prosigue su combate. Guíale un tiempo esperanzado, un tiempo de proximidades, de aclaraciones. El poeta, ansiosamente se afana por lograrlo. Y gozosamente ve la meta, parece que respira mejor, que los latidos se vuelven normales en su ritmo cardíaco:

Llego a mi centro,
a mi álgebra y mi clave,
a mi espejo.
Pronto sabré quién soy.

Poética en apariencia desgajada de ciencias matemáticas. Lo parece, y no lo es. El poeta va a alcanzar su sosiego tantas veces soñado, pero aún no lo logró. Pronto, nos dice, va a enterarse de su propia identidad; pero ese pronto es tiempo del futuro, tiempo por venir. El poeta piensa, sueña, aguarda. Es la poesía de Borges. Utiliza símbolos, Porque hay meta y su correspondiente camino, el poeta no se atemoriza. No es que esté muy seguro: las sombras, la muerte, los ínfimos instantes... Tiene lugares concretos adonde ir. Pero tiene que caminar y llegar, tiene que regresar a su álgebra y a su espejo, a su clave. Para hallar la definición siempre movедiza y siempre al alcance de la sensibilidad y de la inteligencia. Es algo que le aguarda.

Por una temática borgiana

¿Cómo entresacar vetas riquísimas de metal en los yacimientos borgianos, cuya cuenca metalífera es escapadiza dada su vastedad y su metafórica metafísica? No resulta tarea fácil ni mucho menos. Pero en operación conclusiva, tal vez puedan destacarse, por importante constancia en la presencia, temas, cuyas sustancia puede variar o afirmarse o desvanecerse: como si en lo cambiante e intercambiable residiese la primitiva niñez y la esencialidad resbaladiza de los sentimientos como doma lograda por la inteligencia. Como si esa cambiabilidad y esa intercambiabilidad le conviniesen a la psicología borgiana, a su condición de poeta callejero y lleno de sombras aunque libre de mitos. Todo ello se fue indicando a lo largo de mi trabajo.

Destáquense esos itinerarios mentales y sensibles en la poesía de Borges.

El espejo: Me pregunto qué azar de la fortuna
Hizo que yo temiera los espejos.

O ese otro ejemplo: El arte debe ser como ese espejo
que nos revela nuestra propia cara

El tiempo: La batalla es eterna....

O lo que dice en otro poema: En un día del hombre están los días
del tiempo....

Los sueños y las formas: A las sombras, los sueños y las formas
Que tejen y destejen esta vida.

La memoria: He sido y soy.

.....
Aún están a mi lado, sin embargo, las calles y la luna.

O este otro ejemplo: el olvido
es una de las formas de la memoria, su vago sótano.

La calle:
Y las calles unánimes que engendran el espacio
son corredores de vago miedo y de sueño.

La ciudad:
Soy hombre de ciudad, de barrio, de calle.

Este otro ejemplo: La actualidad constante
convinciente y sanguínea
desteja en el trajín de la calle
su plenitud irrecusable.....

O este otro: Las calles de Buenos Aires
Ya son la entraña de mi alma.
.....

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:
La juzgo tan eterna como el agua y el aire.

La muerte: Aquí es pundonorosa la muerte,
aquí es la recatada muerte porteña.....

Temática del tigre, y la sombra, y la vejez, y la historia..... Temática
borgiana en su realidad de fortísimas irrealidades.